

Se nos ha ido Manuel Silva

Este otoño nos ha traído la conmoción de la inesperada pérdida de nuestro querido compañero Manuel Silva Suárez, un hito singular en la reciente automática española.

Me viene a la mente la imagen de un estudiante activo y emprendedor, que transmitía entusiasmo, todo un torbellino de ideas, ataviado con las melenas propias de la época, que se presentó en mi despacho de Director de la Escuela de ingenieros de Sevilla, a principios de los setenta, con la pintoresca pretensión de obtener autorización para emplear locales de la Escuela como sede para una exposición centrada en torno a la automatización industrial. Al Rector de la Universidad de Sevilla en esa época, Manuel Clavero, hombre de leyes, no le cuadraba bien que en un local universitario se hiciese una exposición con la que además se pretendía cobrar a las empresas expositoras y destinar esos ingresos a un viaje de estudios de los estudiantes. Por fin, se dejó convencer y la exposición ESAT-73, que así se llamó, fue un éxito. Pero sobre todo fue una revelación de la capacidad organizadora de su impulsor, el hoy llorado Manuel Silva. A partir de entonces estuvo claro que no había que perder de vista a ese vehementemente joven.

Nacido en Sevilla, en 1951, perteneció de lleno a la generación de los sesenta, llamada también del desarrollo, que aspiraba a integrarse en la Europa que había visitado durante sus viajes al extranjero. En los sesenta se empezó a tener la aspiración de alcanzar los niveles de vida que contemplábamos con envidia en los países vecinos del norte. Asimismo, en las Escuelas de ingenieros nos tocó vivir el cambio tanto en la formación de los ingenieros como en la forma de ejercer la profesión. Había que adaptarse a los vientos que venían de fuera. Manuel Silva, ya de estudiante, se identificó plenamente con el espíritu de los tiempos, vivió con enorme intensidad aquellos años y formó parte del movimiento de renovación nacional que se estaba fraguando.

Estudió la carrera de Ingeniero industrial en la Escuela de Sevilla y en un principio pretendía ser ingeniero químico, me parece que por razones familiares. Pero a lo largo de la carrera se sintió cautivado por la Automática y a ella se dedicó, con su tenacidad congénita. Acabó la carrera en 1974. Desde el primer momento tuvo claro que tenía que irse al extranjero a completar su formación y a embeberse de las ideas que circulaban por Europa.

De Sevilla se fue al Institut National Polytechnique de Grenoble, en donde en 1975 obtuvo el título de Ingénieur Automaticien; un año después, en 1976, ya como Allocataire de Recherche du C.N.R.S. (1975-78), el de Diplômé d'Etudes Approfondies; y, por último en 1978 el de Docteur Ingénieur, con una tesis sobre *Contributions à la synthèse programmée des Systèmes Logiques*, bajo la dirección de René David. Al volver a España, la tesis le fue convalidada en la Universidad de Sevilla, por lo que se convirtió en Doctor Ingeniero Industrial por esta Universidad. Con este título se trasladó a la Universidad de Zaragoza donde se convirtió en Catedrático de Ingeniería de Sistemas y Automática en 1982.

En esa Universidad puso de manifiesto sus capacidades organizativas y de liderazgo, y creó el Grupo de Ingeniería de Sistemas y Automática (1978), del que se derivó el actual Departamento de Informática e Ingeniería de Sistemas. Siguiendo la estela de su tesis doctoral dirigió un grupo de investigación sobre modelado, análisis lógico (validación) y de prestaciones, scheduling e implementación, eventualmente tolerante a fallos, de sistemas dinámicos de eventos discretos distribuidos (DEDS). Fundó también el Grupo de Robótica de la Universidad de Zaragoza, especializado en lenguajes de programación e integración sensorial. Ejerció su magisterio dirigiendo múltiples tesis doctorales, algunas de ellas en colaboración con universidades extranjeras. Asimismo, lideró distintos proyectos tanto nacionales como europeos. Del mismo modo, colaboró con diversos grupos industriales (ITT, Alcatel, Nurel, Siemens, ESA, Opel, ...) en cuestiones relacionadas con la automatización de procesos complejos, ingeniería de software y organización industrial. El grupo de automática de Zaragoza se convirtió en puntero, además de cultivar una automática diferente a la que entonces se hacía en nuestro país.

Resumiendo su labor universitaria, cabe decir que fue el introductor en España de la técnica de análisis de sistemas de eventos discretos conocida como redes de Petri, a la que ha realizado importantes contribuciones originales. Sus actividades se desarrollaron en un punto en el que confluían informática, automática, robótica, e investigación de operaciones, lo que le llevó a adquirir una enriquecedora percepción de primera mano del carácter multidisciplinar de la moderna ingeniería. Por sus realizaciones en el ámbito de la automática y en especial en el de las redes de Petri recibió en 2018 el Premio Nacional de Automática.

Además, hay que reseñar su dedicación a la gestión y su participación en múltiples comités y consejos, tanto nacionales como internacionales, que fomentaron las relaciones entre la investigación universitaria y los medios empresariales e industriales. Así, sobresale su actuación como Vocal del Consejo Asesor de Investigación (CONAI) de la Diputación General de Aragón (1984-86) y del que posteriormente fue Presidente (1993-95). Impulsó decisivamente la creación del Instituto Tecnológico de Aragón (ITA), y fue vocal de su Consejo Rector (1985-87). En una segunda época coordinó la elaboración de la Ley de Fomento y Coordinación de la Investigación en Aragón. También conviene recordar su papel como Presidente de la Comisión de Investigación e Innovación Tecnológica de la Comisión de Trabajo de los Pirineos.

Miembro del Comité d'Evaluation del prestigioso LAAS, de Toulouse, y del Comité Scientifique du Laboratoire d'Automatique Industrielle de Lille, en representación del CNRS, y vocal del Conseil de l'École Centrale de Lille. Medalla de la

ciudad de Lille (9-Julio-96) en razón a “las contribuciones científico-técnicas, en general, y al impulso de las relaciones Zaragoza-Lille, en particular”. Fue investido doctor honoris causa por la Universidad de Reims-Champagne-Ardenne en noviembre de 2005.

Sus tempranas capacidades manifestadas en la organización de la ESAT-73, las desarrolló plenamente en los Comités Técnicos de la Feria de ROBOTICA, organizada por la Feria Oficial y Nacional de Muestras de Zaragoza.

Las anteriores labores de amplio espectro, las hizo compatibles con la de Director (1987-89) de la Escuela de Ingenieros Industriales de la Universidad de Zaragoza, en momentos críticos de su historia, aquellos en los que el centro recién nacido tuvo que afirmar su personalidad en una Universidad de corte clásico, ignorante de las peculiaridades de una Escuela de Ingenieros. Posteriormente fue de nuevo Director (1989-93), período en el que se implantaron en la Escuela los estudios de Ingeniería de Telecomunicación e Ingeniería Informática.

Otro de los rasgos definitorios de la rica personalidad de Manuel Silva fue su inquietud por el mundo de la cultura en el sentido más amplio de este término. El hacer compatible la máxima profundidad en un área de la ingeniería, con el complemento de una amplia visión que trascienda esa especialidad, no solo exige una especial capacidad y sensibilidad, sino también una dedicación que requiere un tiempo que siempre falta. Entre sus múltiples aportaciones en este ámbito hay que mencionar su magna obra colectiva Técnica e Ingeniería en España (11 volúmenes, más de 10000 páginas). Cada volumen cuenta con diferentes autores, pero el editor, Manuel Silva, logró imprimir una unidad de estilo tras un ímprobo esfuerzo. Recuerdo cuando poco después de haber tomado posesión de su plaza de Numerario en la Real Academia de Ingeniería, en el año 2000, me comunicó su proyecto. Dedicamos algún tiempo a debatir si debía emplearse la voz técnica o tecnología. Al final se impuso la primera opción que estimamos que era la correcta. La segunda era más bien cosa de amantes de anglicismos, que ignoraban las propias palabras de nuestro lenguaje. Al fin y al cabo, las Escuelas de ingenieros son Escuelas Técnicas Superiores. El conocimiento de nuestra propia historia no es en absoluto superfluo, especialmente cuando queremos defender nuestra identidad; y he de confesar el temor de Manuel Silva, y el del que esto escribe, de que los ingenieros no nos hayamos interesado suficientemente por ella. Manuel Silva siempre defendió que el recuperar para la ingeniería un espacio propio y autónomo debería ser un objetivo prioritario para nuestra profesión.

Manuel Silva ha tenido una vida colmada de pasión por todo lo que hacía, y ha dejado tras de sí una huella imborrable de admiración entre compañeros y discípulos, que servirá de ejemplo a los que todavía permanecemos aquí.

Javier Aracil